

Experimentar la belleza

Rebeca Reynaud

Pocas cosas hay tan difíciles como entender una cultura diferente a la nuestra porque implica desprenderse de los modos heredados de pensar. Es el antiguo contraste entre griegos y bárbaros, entre judíos y gentiles, y ahora reaparece en la mutua incomprensión entre americanos y europeos o entre orientales y occidentales. Es aquí donde el arte viene en nuestra ayuda, porque el arte es el gran puente que une el mar de la incomprensión que separa a las culturas. Entender el arte de una sociedad es entender su actividad vital y sus momentos creativos. Podemos aprender más sobre cultura medieval viendo una catedral que estudiando sus leyes civiles. Las iglesias de Rávena son una introducción más acertada al mundo bizantino que todos los volúmenes del historiador Eduardo Gibbon (Cfr. Christopher Dawson, *The Dynamics of World History*).

El arte tiene un poder restaurador y puede ayudar a lograr una reconfiguración cultural y una reorientación del hombre. Narra Benedicto XVI: *la fuerza del estilo románico y el esplendor de las catedrales góticas nos recuerdan que la via pulchritudinis, la vía de la belleza, es un recorrido privilegiado y fascinante para acercarse al Misterio de Dios. Sigue siendo una experiencia inolvidable para mí el concierto de Bach dirigido por Leonard Bernstein en Munich. Estaba sentado al lado del obispo evangélico Hanselmann. Cuando se apagó triunfalmente la última nota de una de las grandes cantatas del solista Thomas, nos miramos espontáneamente el uno al otro y con la misma espontaneidad dijimos: «Los que hayan escuchado esta música saben que la fe es verdadera». En esa música se percibía una fuerza extraordinaria de Realidad presente, que suscitaba, no mediante deducciones, sino a través del impacto del corazón, la evidencia de que aquello no podía surgir de la nada; sólo podía nacer gracias a la fuerza de la Verdad, que se actualiza en la inspiración del compositor.*

Podemos escuchar a Rachmaninof, a Henryk Górecki, a Bach, a Tchaikovsky. Leer a Dostoyevski, León Bloy, Flannery O'Connor, Michael O'Brien; ver las películas de Andrei Tarkovsky y Ermanno Olmi. Ver las pinturas de Andrei Rublev, Rouault. Contemplar las catedrales góticas y románicas. Y comprobaremos que de alguna manera ello afina el alma. Llamó mi atención saber que la catedral de Chartres la hicieron ingenieros y hombres comunes –todos los que querían participar podían hacerlo-, pero debían de estar en estado de gracia. Los neurocientíficos dicen que el cerebro se recobra al contacto con la naturaleza. Lo que viene a continuación aparentemente no tiene nada que ver con lo anterior, pero en realidad sí conecta, pues se trata de contemplar la belleza de la naturaleza.

Dos amigos estaban conversando cuando de pronto se abrió la puerta y apareció el hijo de uno de ellos, un chico de doce años, con los ojos llenos de lágrimas, la boca abierta e incapaz de hablar por unos instantes. Su cara transmitía asombro, y alzaba los brazos de un modo que recordaba a los antiguos orantes que con un gesto mudo alcanzaban la trascendencia.

- Papá, musitó, ¡he visto la cosa más bella del mundo!... ¡he visto un venado!

Se le quedaron viendo y se preguntaron "¿un venado?, ¿qué querrá decir?" Todos hemos visto un venado. Los amigos se miraron uno al otro, y entendieron que quizás, después de todo, nunca habían visto un venado, al menos no del modo como el chico lo percibió. A veces hablamos de cosas que no hemos visto, conocido o amado.

Cuando llega un bebé uno se admira de un ser tan perfecto, tan pequeño e indefenso. ¿Quién es? ¿De dónde vino? Es un milagro nunca antes visto y que nunca se repetirá. Es una manifestación de la mente creativa, infinita de Dios. La naturaleza nos recuerda una lección primordial: de que la es inexplicablemente hermosa e innegablemente peligrosa.

La historia del arte se estudia en muchas universidades, se estudia cómo y cuándo fueron hechas las obras de arte de contenido religioso, pero pocas veces se dice por qué fueron hechas. Sin una perspectiva teológica y eclesial, las obras de arte cristiano no pueden ser comprendidas. Es importante que haya personas que lo estudien y lo promocionen. Ya que "en un mundo sin belleza, el bien pierde su atractivo", dice Hans Urs von Balthasar. Y esta idea de algún modo la apoya Dostoyevski al escribir que la belleza salvará al mundo (cfr. *El idiota*, p. III, cap. V).